CAPÍTULO II

¿DE DÓNDE HE VENIDO?

> Cuando los adoradores de Mamaion comiencen por aquí y acullá á ser adoradores de Dios, y los que son bípedos de presa se conviertan en hombres; cuando se deje sentir que hay otra vez un alma en la colosal pulsación elefantina del animalismo mecánico de esta nuestra tierra, entonces será de nuevo ¡bendita Tierra!
>
> T. CARLYLE.

LOS pensamientos y las meditaciones que contiene nuestro capítulo primero, nos han venido á traer á las siguientes conclusiones: Primera. La razón misma declara que el hombre tiene que haber sido creado por Dios Todopoderoso. Segunda. Dios, siendo infinitamente sabio, debe haberse propuesto para El algún objeto expreso y definido al crear al hombre; y tercera. Siendo

Dios infinitamente bueno, debe también haberse propuesto para Sí, no tan sólo un objeto expreso y definido, sino uno igualmente bueno, amoroso y benéfico.

En el presente capítulo, nuestro esfuerzo será hacer claro y manifiesto este propósito por medio del ejercicio de una poca de razón. Por tanto la pregunta que á nosotros mismos nos hacemos, es simplemente la que sigue: ¿Qué objeto tuvo Dios cuando en libre ejercicio de supremo poder tuvo El á bien llamar al hombre al ser? En una palabra, ¿cuál es el objeto de nuestra existencia? ¿Cómo podremos resolver este problema haciendo á un lado la Revelación? Pues bien, el modo más natural de llegar al objeto que tiene cualquier cosa que ha sido hecha, es mediante el estudio cuidadoso de su naturaleza, de sus cualidades, de su carácter especial y composición.

Si un hombre nos hace un reloj, y yo deseo sacar en limpio qué objeto tiene éste que llenar, para qué va á servir, no es necesario que su fabricante me dé informes concernientes á su intención. Aun en el caso de que jamás hubiere visto un reloj, muy pronto podría yo descubrir el uso y destino que tiene. Bástame con que me empeñe en fijar la atención en las pe-

culiaridades de su construcción y de su movimiento. Tan pronto como se le ha dado cuerda, igualmente me hago cargo, por propia observación, de que éste *debe* haber sido construido para medir el tiempo. Así, por ejemplo, un cuidadoso examen me revela que hay una carátula y que hay números en ésta, á distancia igual los unos de los otros. Además, observo más adelante que hay unas manecillas ó indicadores de tal suerte arreglados, que viajan de un número á otro con velocidad uniforme. Si después de este examen giratorio me ocupo en ver la máquina y me familiarizo con sus partes más complicadas, y averiguo cómo una parte obra sobre la otra, vendré á descubrir que cada rueda y palanca usada, se ha introducido ahí exclusivamente con el fin de impartir al movimiento mayor precisión y exactitud. De este modo podré decir, desde luego, que el artista que modeló esto, no lo hizo con el intento de que fuese una máquina de pesar, no por lo que hubiere dicho, sino porque de modo alguno se adapta para llenar objeto semejante. Así, también, quédome igualmente satisfecho de que nunca tuvo intención de que éste fuese una locomotora ó una caja de música; pero observad que esto no es por declaración expresa de par-

te del fabricante, sino simplemente porque el *objeto mismo* no está construido bajo esas bases, porque no es capaz de que se le utilice, ya sea para una cosa ú otra de aquellos objetos, y porque es cosa deficiente para llenar todas las condiciones que buscamos para el caso de locomotoras y de cajas de música. Esto está claro en lo que concierne á objetos fabricados por el hombre; y así podemos continuar bajo la misma base de razonamientos, también, al estudiar esas creaciones sorprendentes, obra de Dios, ascendiendo la escala del ser desde lo más bajo hasta lo más alto, hasta que al fin lleguemos á la contemplación de un ser humano.

Supongamos que alguien nos fuera presentado *por vez primera en nuestra vida*, con—digamos—el cuerpo de un pájaro ó el de un pez. Aunque jamás hubiésemos visto á estos animales, podríamos decir al examen de la simple vista, que éstos no habían sido hechos precisamente con uno y el mismo objeto. Una mirada nos daría á conocer que ambos habían sido hechos para gozar de la vida, porque ambos están provistos de órganos respiratorios: con boca, garganta, estómago, aparatos digestivos, canal alimenticio y demás. También ven-

dríamos á comprender, y con verdad, que ambos estaban destinados á ver, pues de otro modo ¿qué objeto tenían en poseer el mecanismo completo de la vista? Así, subsiguientemente, podíamos argüir sobre cada órgano en turno. Por otro lado, podríamos decir con igual certeza, que aunque ambos estaban destinados para moverse y viajar por todos lados, no habían sido destinados para moverse en el *mismo* medio ni de la misma manera. Nosotros, ¿cómo lo sabemos? No lo sabemos por revelación, no por el medio de iluminación mental divina alguna, sino sencillamente con estudiar su formación y su estructura. El pájaro tiene alas grandes y hermosas, que se extienden como un abanico. Cuando extendidas éstas cubren muchas veces el área ocupada por el cuerpo, son en extremo ligeras y flexibles, y están provistas de fuertes músculos que permiten sean puestas en movimiento con gran facilidad y rapidez. Todos estos hechos nos imparten su propia historia. Nos informan que quien hizo al pájaro, lo determinó para que volase. El pez, por otro lado, no está provisto de alas ni de medio alguno para sostenerse en el aire; lo que hace evidente que no está decretado para que viva en el aire, ni tampoco se de-

terminó que viviese en la tierra sin agua. Mas de nuevo, ¿cómo podré saberlo, en el supuesto caso de que nunca hubiese visto un pez? Sólo porque advierto que no está provisto de medio alguno de locomoción terrestre. No tiene pies para andar por la tierra. Sus aletas son demasiado pequeñas para permitirle que levante su cuerpo *en el aire*, y demasiado frágiles, delicadas y cortas para ser, en cambio, usadas *sobre* tierra. No puede ni volar ni correr; es evidente, por lo tanto, que está hecho para el otro elemento que nos resta, el agua. La intención manifiesta del Creador es que habite en los mares, en los lagos y ríos.

Hemos sugerido estos ejemplos sólo con el fin de facilitar al lector el medio de realizar el cómo es posible, con sólo el estudio de una cosa creada, averiguar su destino y objeto.

Lo mismo puede sostenerse tocante al estudio de los apetitos é inclinaciones que en la creación animal se observan. Si todo animal tiene sed, si experimentan un furor por el agua, naturalmente averiguamos ¿cómo viene esa sed? Debe ser cosa que Dios les ha inspirado. Y el hecho simple de que El es el que lo ha inspirado, es de por sí indicación de que fué intención de El que bebieran. Ahora, si

El desea que ellos beban, debemos inferir exactamente que El en alguna forma los proveerá del líquido. Así, otra vez de nuevo, el hecho de que experimenten el hambre, es signo evidente, como toda revelación directa tiene que serlo, que Dios determina que coman. Si hambre hay, ciertamente que alimentos tienen de haber. El hambre es el llamamiento de la naturaleza por el alimento, y la naturaleza jamás llama aquello que no tiene existencia.

Permitid que ahora aplique el mismo procedimiento de raciocinio al hombre. El hombre, por supuesto, tiene mucho de común con los animales irracionales. El, como aquéllos, está destinado por un tiempo á vivir en la tierra; comer, beber y dormir; casarse, multiplicarse y educar una familia. Todo esto es perfectamente verídico; pero—he aquí el punto vital y culminante—como agregado á los apetitos puramente animales, posee ciertas cualidades, ciertos dones, que faltan en lo absoluto á la creación animal y los cuales el bruto nunca puede alcanzar. Es precisamente por medio de la consideración cuidadosa de aquellas cualidades, por lo que podemos fácilmente discernir la inmensa—la diferencia inmedible que hay no sólo entre el hombre y el bruto, tal cual

al presente están constituidos—sino entre el final destino del hombre y el destino final del bruto. Lo principal de estas cualidades es: primero, la inteligencia; segundo, el libre albedrío; tercero, el afecto racional ó sea el amor. La posesión de estos dones estupendos, nos prueba, sin lugar á duda, que hemos estado hechos no para las criaturas sino para el Creador; no para un tiempo, sino para una eternidad; no para la tierra, sino para el cielo. Mas ¿cómo es que la simple razón sin la Revelación Divina puede probarnos tanto?

Para dar contestación á esto, preciso es que empecemos por establecer ciertos principios. 1º Si una criatura humana tiene conciencia, es sensible á determinada capacidad, deseo ó apetito, tan solo puede serlo porque Dios así lo ha impreso en su naturaleza. 2º Cuando Dios imprime un deseo ó algún apetito en cualquier criatura, siempre suple El un objeto que corresponde con aquel deseo y que es capaz de satisfacerlo. Esta es la segunda gran verdad que debe tenerse presente. 3º El tercero es aquello que tan pronto como el deseo ó apetito toma posesión del objeto debido, se siente tranquilo y no busca un algo más allá. Por ejemplo, un animal carnívoro sufre pena hasta

que se halla el alimento. Pero una vez que ha comido hasta llenarse, se acostará y dormirá contento. Está ya en paz. De nada más necesita para complemento de su felicidad.

Por otro lado, *mientras tanto los deseos propios quedan por llenarse;* mientras tanto los deseos vehementes y las aspiraciones no reciban plena y perfecta gratificación, bien podemos estar seguros de que el fin y propósito no se ha alcanzado aún. Pero—y esta es consideración de importancia suma—si estos deseos son de tal naturaleza, que *nada en la tierra* pueda jamás satisfacerlos; si demasiado grandes son, demasiado profundos, demasiado anchurosos, absorbentes inexplicables y sin medida para poder llenarse y saciarse por cosa alguna de este mundo, entonces sí que nos vemos estrechados á confesar que no están destinados para este mundo, sino para otro mundo futuro y más glorioso que este.

Tomemos el intelecto del hombre. Este ha sido creado para la adquisición de la verdad. De la verdad se nutre, de la verdad se desarrolla y tiene expansión y desenvolvimiento. Pero á pesar de esto, nunca se encuentra del todo satisfecho. El apetito del saber en nada se parece al simple apetito de la alimentación

material. Un hombre podrá estar de lo más hambriento, podrá sentirse completamente devorador. Pero dadle de comer, y el hambre desaparece; se ha satisfecho y nada busca más. En realidad, alimentarlo en demasía acabaría por destruirle la digestión y lograríase tan solo enfermarlo. ¿Pero será este el mismo caso en cuanto al hambre mental por el saber? ¡No! Enteramente lo contrario. Mientras más sabe el hombre, más deseos tiene de mayores conocimientos; mientras más extensa y de mayor alcance es su erudición, más ansiedad demuestra por darle mayor vuelo. Lo que ocurre en el caso del apetito intelectual, es precisamente el reverso de lo que ocurre en el caso del apetito físico. El apetito intelectual, en vez de disminuir, se desarrolla con mayor y más fuerza á medida que se le nutre más. ¿Qué es aquello que en realidad no queremos saber? ¿Acaso hay algún límite á nuestro deseo? ¿Hay alguna época en la que el hombre sienta que mayor número de conocimientos no le proporcionarían placer? ¡Terminantemente que no! Entonces, ¿por qué esa sed, sed insaciable por el saber? ¿En qué consiste entonces que esta sed nunca disminuye? Tan solo puede haber una contestación para ello. Es porque el hombre está

creado para poseer y gozar de la Verdad eterna é increada, la fuente de toda verdad: ¡Dios! Y, por lo tanto, todo lo demás es y tiene que ser insuficiente. El conocimiento de todo ser humano, el conocimiento parcial, incompleto, fragmentario que en esta tierra podemos adquirir, no guarda proporción con la capacidad vastísima de la mente humana, que está adecuada para poseer la verdad completa en el cielo. Basta con una gota de agua llovediza para que un *amiba* eche sus piruetas, pero ésta sería insuficiente para el retozo de una ballena.

Cuando, por fin, el hombre muere, ¡cuán escasa es la suma de sus conocimientos, comparados éstos con la suma de las verdades existentes! Puede muy bien haberse envejecido entre los libros y los polvosos folios, y, sin embargo, tiene conciencia de que hay un número infinito de verdades, de las que no tenía sospecha y que gustoso hubiera agregado á su archivo mental. Aun, hombre tan sabio Newton, solía comparar todo su vasto acopio de información, á una pequeña concha arrojada al acaso por el ilimitado océano de la verdad. En verdad que, mientras más sabio es el hombre, con mayor prontitud confiesa su insuficiencia intelectual. El profesor Huxley escri-

be: «Lo que es conocido es finito, lo desconocido es infinito. Intelectualmente hablando, nos encontramos en un islote en medio de un océano ilimatado de inexplicabilidad. Asunto nuestro en cada generación es reclamar un poco de mayor terreno para agregar algo á la atención y á la solidez de nuestras posesiones». El jefe actual del partido conservador nos dice: «Vivimos en un oásis pequeño, brillante, de conocimientos; pero rodeados por todos lados de vastísima región de impenetrable misterio. De siglo en siglo, el trabajo forzado de generaciones sucesivas, se hace de un pedazo pequeño del desierto é impele hacia adelante la barrera del saber». Mas, sin embargo, una tras una van pasando las razas con la conciencia de que su sed por el saber jamás podrá ser apagada en este mundo. Ahora, el hecho de que el hombre nunca está satisfecho con el acopio de conocimientos adquiridos, sino que siempre desea llevar aún más adelante sus investigaciones, es un signo infalible de que su mente fué creada con tal profundidad y dimensiones, que la criatura humana no ha podido llenar y que tan solo á Dios es dado en lo absoluto satisfacer. En una palabra, el hombre ha sido creado para aquello que el mundo mal

nos puede dar, para aquello que el mundo no posee, es decir, la infinita y eterna Verdad. Y esto no lo aprendemos ni tan solo de los grandes teólogos y los maestros en religión, pero ni aún del estudio del hombre mismo. Cuando, en realidad, vengamos á poseer á Dios, quedaremos satisfechos, porque entonces habremos logrado el objeto para el que hemos sido creados. «Estaremos satisfechos—según nos informa la Escritura—cuando Su gloria se nos aparezca», pero jamás antes.

Ahora, en vez de aquel deseo del saber, excogitamos para nuestra consideración, otro de los apetitos planteados en el humano corazón, tan profundamente arraigado y con tal firmeza en su mismo centro, que nada puede destruirlo ni arrancarlo de raíz, es decir, aquel deseo por la felicidad. ¿Quién es aquel que no tiene conciencia de ello? Ese anhelo fuerte é irresistible por la felicidad, late y arde en el corazón de todo hombre. Sí, anhela por ser verdadera cuan completamente feliz, ¡feliz sin trizteza alguna! La felicidad que busca es felicidad sin tacha, sin mezcla de miseria, sin ansiedad ninguna ó temor de diminución ó pérdida. Tan potente es este deseo, que siempre está luchando el hombre por lograrlo. «To-

cante á éste—como nos dice bien Pascal—no hay excepción». Cualesquiera que sean los medios diversos empleados por todos, todos tienden al mismo fin.... Nuestro deseo no avanza un paso si no es con aquel objeto. Este es el motivo de *toda acción de todo hombre, aun de aquel que se ahorca á sí mismo*». Sí, la experiencia y la observación nos prueban que es la felicidad lo que el hombre busca en todo lugar y en cada objeto. ¡Esto es una verdad! Todos la buscan, aunque no todos la buscan del mismo modo. Algunos se vanaglorían de que se encuentra en las riquezas; otros, en la elevada posición; otros, en los placeres de la mesa, ó en las diversiones ó en la disipación. Pero busquen en donde mejor les plazca una cosa si es cierta; nadie ha logrado alcanzarla, por lo menos en este mundo. El mundo nos tiende promesas halagüeñas, pero nunca se cumplen sus promesas. Siempre está tendiéndonos cosas en perspectiva, pero todas resultan falsas. Ved á algún hombre rico y próspero del mundo, que anda en la alta sociedad, y que vive á sus anchas comiendo de lo mejor y bebiendo de lo fuerte. Le vemos; le admiramos; nos perdemos en arranques de admiración; lo envidiamos. Interiormente exclama-

mos: «¡Oh, cuán favorecido!» «¡Cuán honrado!» «¡Cuán feliz debe ser!» «La distancia, en verdad, proporciona encantos á la vista». (*) Pero, acerquémonosle más; veámosle el corazón, leámosle el íntimo pensamiento, recóndito—entonces veremos que ahí no existe felicidad verdadera. Desencantos, falta de confianza en los amigos y envidias, montan guardia cual un perro en sus pasos. Mil causas de disturbio vienen á intervenir en su felicidad completa. De lejos nos imaginamos que las riquezas pueden suplir y satisfacer todos los deseos del corazón; mas cuando llegamos á poseerlas, nos producen, después de todo, pobres satisfacciones. Después de que hemos gozado con la medida llena de los placeres y de los honores de este mundo, aún tenemos hambre y sentimos el alma vacía.

El dinero no puede curar el dolor moral ni ahuyentar la enfermedad, ni tampoco puede traer salud al enfermo ni frescura y belleza al deforme. No puede administrar al espíritu enfermo, ni arrancar del corazón una pena arraigada. Un carruaje dorado y un traje de corte y toda una runfla de lacayos de librea,

(*) Traducción literal de un proverbio inglés.—N. del T.